

EXCLUSIVA



EL GURÚ D

SEPTIEMBRE 2011

GRAN MISTERIO

Alí Syed, en su despacho, en Bahrein. “Desde que soy famoso, viene mucha gente a verme”, anuncia, orgulloso, el empresario indio.

Cuando llegó a Santander como el nuevo dueño del Racing revolucionó la ciudad. Prometía inversiones, fichajes estrella y presumía de una fortuna de miles de millones. La misma con la que anunciaba en Oceanía préstamos a empresas que hoy le acusan de estafa.

Polémico y misterioso, Ahsan Alí Syed recibe a DAVID LÓPEZ

en su cuartel general de Bahrein. ¿Millonario envidiado o timador internacional?

S

i morimos, Él lo decide”, anuncia señalando al techo con el índice de la mano derecha. Después sonríe. “Si nos hacemos ricos, Él lo decide”, repite el gesto. Dos enormes piedras preciosas, verde y granate, coronan su meñique y su anular en sendos anillos de plata. “Si nos hacemos famosos, Él lo decide”. Ahsan Alí Syed (Hyderabad, India, 1972), dueño del Racing de Santander, no está desaparecido. Ni fugado, como han dicho algunos medios y antiguos socios. Con traje oscuro, camisa violeta y calzado y calcetines beis, me recibe sentado en un sillón de piel a juego con sus zapatos y bordado con su nombre en hilo dorado frente a su escritorio impoluto, en un amplio despacho a 27 plantas del suelo. Frente a él, la ciudad de Manama, en construcción, aspira a convertirse en centro internacional de negocios con ventajas fiscales para quienes allí se instalen, como Alí. Y al otro lado del aire acondicionado, la amenaza de un calor extremo y una neblina de polvo que satura los colores. “Estoy en Bahrein, este es mi hogar”, anuncia. Un escenario en las antípodas del Santander siempre lluvioso que Mr. Alí, como se le conoce, revolucionó durante el pasado invierno, cuando se convirtió en el dueño del club de fútbol. ▷

EL RACING

Había hecho una entrada triunfal. “Ni Botín”, dicen en Santander. En octubre pisó por primera vez España. “Sabía poco del país. Sólo que los españoles son amigables y cálidos, como pude comprobar, aunque mi experiencia no ha sido demasiado larga”, me cuenta Alí, en el comienzo de una charla que empezará de amistosamente y terminará con amenazas en un aparcamiento. Dumviro, la empresa constructora dueña del Racing, acuciada por la crisis, decidía vender el equipo y el banco Credit Suisse presentaba a Alí como posible comprador, un indio de una familia rica de su país.

Llegó a Madrid en su *jet* privado. Se desplazó al restaurante cántabro Aderezo, de los propietarios del Racing, y allí, en un almuerzo sin comida, alcohol ni tabaco —exigencia del empresario, estricto musulmán, que amenazó con irse ante la posibilidad de que se sirviera carne de cerdo— anunció su interés por comprar el equipo. Después de tres horas, estaba entusiasmado. Una semana más tarde, ya en

asistentes personales —que le preparaban té o le subían las mangas de la camisa cuando iba al baño— y asesores de comunicación. Y se desplazaban en cinco Mercedes de lujo blancos alquilados en Bilbao. La comitiva no respetaba semáforos ni límites de velocidad. Incluso durante uno de los partidos, el hombre de confianza que le gestionaba la seguridad, el italiano Claudio Loiodice, tuvo un encontronazo con la policía, fue detenido, liberado del calabozo de madrugada por Revilla y el presidente del Racing, Francisco Pernía, y, semanas después, condenado por agresión.

“Si ves a Alí, dile que el expresidente de Cantabria está muy enfadado con él, porque me mintió”, brama Revilla, una soleada mañana de julio, desde su nuevo despacho como líder de la oposición en el Parlamento de Cantabria. Cuando el magnate indio llegó a Santander traía un saco de promesas. Para el Racing anunció una inversión de 50 millones de euros anuales destinados a romper la bicefalia del Real

asistir al encuentro que el Racing y el Real Madrid disputarían en Santander el 6 de marzo. Y le pidió que evaluara los riesgos y coordinara la seguridad con la embajada de Bahrein en Madrid (que no existe). Una semana antes del partido, su jefe le anunciaba que el viaje se cancelaba. El país estaba inmerso en una ola de revueltas y la Familia Real no podría viajar a España. Aquel 6 de marzo, en el palco de El Sardinero, el indio no estaba tan exaltado como siempre. Junto a Florentino Pérez —“Menudo pinta os habéis traído”, bromeaba en los corrillos el presidente del Real Madrid— Alí mostraba un perfil más bajo.

A partir de aquel día, el circo de Mr. Alí perdió fuelle. “En sus últimos viajes ya no traía Mercedes ni comitiva. Venían él y tres *mariachis*”, parodia Jacobo Montalvo, dueño de Dumviro. Uno de aquellos “*mariachis*”, Omer Khan, jefe de los servicios financieros de Alí, su lugarteniente, está

“DIJO QUE FICHARÍA A DAVID BECKHAM Y ME CONTÓ QUE ERA PRODUCTOR EN BOLLYWOOD” (M. A. REVILLA)

Santander, no perdía un ápice de pasión. Le dieron su primer paseo por la ciudad y pidió conocer el lugar donde vive Emilio Botín. Cuando le llevaron a El Sardinero, anunció que quería tener una vivienda igual junto a la del banquero. “Estoy pensando en instalarme aquí”, anunció súbitamente. “Lo único malo es que llueve mucho”.

Dumviro pedía 17 millones de euros. Alí ofrecía 13. Al final acordaron 15 (más una deuda de similar cantidad a pagar a Hacienda). Y tres meses después, en enero, Dumviro y el Gobierno de Cantabria, aún con Miguel Ángel Revilla al frente, cerraban la venta. “El indio”, como aún le conocen en Santander, se convertía en el gran salvador del club. Y también en la nueva —y exótica— sensación de esta plácida ciudad de menos de 200.000 habitantes y más acostumbrada a los clásicos jerséis anudados al cuello que a los pañuelos de seda con lunares.

Y comenzó el espectáculo. Alí viajaba en *jet*, desde Suiza o Bahrein. Alquilaba una planta completa del hotel Real. Se rodeaba de una docena de guardaespaldas,

Madrid y el Barcelona en el fútbol español. Para el Ayuntamiento, varios millones de euros en obra social. Y para Cantabria, otro cheque casi en blanco en la cuenta de la Fundación Comillas, en la que colabora también Botín, el mejor reclamo para Alí. A Revilla le anunció incluso que intentaría fichar a David Beckham, que quería conocer al Rey y le describió una fortuna creada, le contó, gracias a la producción de cine en Bollywood. “No recuerdo esa conversación”, asegura el empresario, cuando le digo que no figura en ningún registro como productor de cine. “Es listo. Y te mira con unos ojos que parecen taladrarte”, concede el expresidente, que aún recuerda que lo invitó a comer y tuvo que acompañar su chuletón con agua en vez de vino.

Alí era una atracción. Cuando marcaba su equipo saltaba y chillaba en el protocolario palco. Se fotografiaba en la calle con los niños. Sus guardaespaldas actuaban como *Los hombres de Harrelson*. En febrero empezó a preparar el gran número final. Loiodice, expolicía de larga carrera en Italia, llevaba desde el verano anterior trabajando para él. El empresario le anunció que invitaría al rey y al príncipe de Bahrein a

hoy despedido de la empresa, según el indio, “por haber cometido irregularidades”. Al mismo tiempo empezaban a desatarse las quejas. El empresario no había pagado la deuda con los jugadores y les daba largas. En mayo fue a Santander por última vez. Después desapareció. O eso decían. Y Pernía, presidente del Racing, anunciaba que el indio había intentado vender el club a la Familia Real. Él lo niega delante de mí: “Yo quiero el club para mí y para mi familia”. Sin embargo, a comienzos de junio, cuando Pernía lo visitó por última vez en Bahrein, Alí aún le ensalzaba “el gran interés del príncipe por saber cómo está el Racing”.

La historia encajaba. Sólo la inesperada primavera árabe, contagiada durante unas violentas semanas a las calles del emirato, habría desbaratado el plan. Hoy, en Santander, Pernía, Revilla y Montalvo se acusan mutuamente de haber llevado al indio a la ciudad. Y el Racing está en concurso de acreedores porque Alí, que ha desembolsado en total casi cinco millones de euros, no ha pagado los siguientes plazos del contrato. Según él, una demanda pendiente contra Dumviro de unos ▷



EL UNIVERSO DE ALÍ

(1) Trofeo de las carreras de coches Chevrolet que WGA patrocina. (2) Alí con Revilla en el palco de El Sardinero, el estadio del Racing. (3) El empresario posa con su Mercedes deportivo en el aparcamiento de su oficina. (4) Vistas de Bahrein desde el despacho de Alí. (5) La sede de WGA está plagada de retratos de los miembros de la Familia Real de Bahrein. (6) Camiseta del Racing firmada por la plantilla. (7) Maqueta de la casa que Alí asegura estar construyéndose en Bahrein.





“CUIDADO, MUERDE”

Con uno de los caballos que Ali afirma poseer. “Hay que tener cuidado, que muerde”, anuncia Ali.

antiguos socios de Montalvo amenaza su compra. “Lamento lo que está pasando y estoy triste por la situación que atraviesa el equipo. No hay necesidad, porque yo tengo dinero para invertir”, dice, solemne.

—¿Por qué compró el club?

—Primero, por mi ambición. Y segundo, para entrar en el mundo de los deportes. Me gusta el fútbol. Y quería diversificar mis inversiones deportivas. También soy dueño de un establo donde crío caballos.

—Cuando firmó ya conocía el problema con los antiguos socios de Montalvo. Ahora lo pone como excusa. Tampoco ha pagado lo que debe al Gobierno ni al club, que están al margen de la disputa. ¿Por qué?

—No pagaré si no tengo el club. Sólo lo haré cuando sea el dueño. Lo único que digo es que solucionen ese problema con su pasado, me den el club y cojan su dinero.

—¿Promete aún invertir 50 millones?

—Invertiré lo que mi bolsillo permita.

—¿Y colocarlo a la altura del Real Madrid y el Barcelona?

—A ese nivel no lo sé, pero un equipo reconocido, sí.

Ali comienza a agitarse en la que su ayudante me dice que es su butaca favorita, tapizada en verde, que sólo él utiliza. Se encastilla en su respuesta. Gesticula. Pero combina el más serio de los gestos y su tono más tajante con sonrisas espontáneas. Confiesa que lo que menos le gusta de sí mismo es que es demasiado bajito. Y se declara un fan de la comida italiana, además de la india, del cine de Harrison Ford, además del indio, y de las novelas de John Grisham, además de las enciclopedias de leyes indias. En España, los antiguos dueños del Racing esperan mientras una orden judicial que les permita, según está firmado, recuperar las acciones y el control del club por el incumplimiento de los pagos para iniciar un nuevo proceso de venta. ¿Se convertirá Ali entonces sólo en un exótico paréntesis? No.

Durante el invierno, mientras el despliegue de lujo menguaba, la prensa australiana y neozelandesa destapaba algunas acusaciones de fraude de empresarios de sus países a la compañía Western Gulf Advisory

(WGA), con sede en Bahrein, y presidida por su dueño, el empresario indio Ahsan Ali Syed. ¿Ali Syed, el Mr. Ali que había comprado el Racing? Sí.

Entre Ali y su entorno crearon la imagen de un potentado hombre de negocios. Se escudó en la lejanía de Asia, en el exotismo indio, y llegó a proclamar, como hizo en España, que tenía una fortuna de 10.000 millones de euros (lo que lo situaría entre los 100 hombres más ricos del planeta) pero que no figuraba en las clasificaciones de *Forbes* porque no le “interesaba” aparecer. Hoy lo niega. “No sé de dónde viene eso. No sé quién lo escribió”.

—¿Puede contarme cuál es su historia y la de su familia?

—Vengo del sur de la India, de Hyderabad. Allí crecí. Estudié Derecho en Bangalore y empecé a hacer negocios.

—¿Estudió Derecho e inmediatamente después ya era rico?

—No diría rico. Diría un hombre de negocios. Todos, ricos o pobres, hacemos nuestro trabajo para vivir.

—¿Cómo era su vida en la India?

—Excitante.

—Me refiero a su familia, ¿de qué clase social era? ¿A qué se dedicaba?

—Agricultura y negocio inmobiliario.

—Si no posee esos 10.000 millones, ¿a cuánto asciende su fortuna?

—WGA tiene, según el ejercicio 2010, 820 millones de dólares.

Visiblemente molesto, se sacude las preguntas. Da respuestas cortas. Evita exponerse, como cuando da la vuelta a las fotos familiares de su despacho para que no aparezcan retratadas su mujer y sus tres hijas. Y no nos permite tampoco fotografiar las dos imágenes que tiene saludando al rey de Bahrein. Ambas del mismo acto.

“No es rico. Es hijo de una familia de clase media musulmana. Su padre, ya fallecido, era un empleado de una empresa. Y lo único que tiene en India es un piso compartido con tres tíos suyos, herencia de su padre, además de deudas. Ni siquiera estudió Derecho en la Escuela Nacional de Bangalore, lo hizo en un colegio de leyes

del fútbol inglés. “Llegó rodeado de los mejores bancos, abogados y asesores de comunicación”, recuerda un directivo de la Premier League. Ofrecía 355 millones de euros. Pero cuando le pidieron que garantizase el dinero, dio un paso atrás y se retiró. “De todas formas, no habría pasado nuestros controles. Si desde el Racing nos hubieran consultado, tal vez habrían podido evitar su situación actual”, añade.

Qué hizo durante sus años en Inglaterra, hasta que se estableció en Bahrein en 2008, es una incógnita. Mientras pujaba por el Blackburn la prensa británica reveló que en los registros oficiales sólo constaban de él varias deudas menores, los costes de un juicio—cuyo motivo se desconoce—por pagar y una lista de empresas a su nombre abiertas y cerradas sin actividad. ¿Quién era el misterioso indio que había intentado comprar el Blackburn?

En 2008 aterrizó en Bahrein y fundó su empresa, WGA, con sede también en Suiza y ahora, me anuncia, en Holanda. Pocos meses antes de tentar al Blackburn,

ro, como también a la española You First Sports—y tenía intermediarios empotrados en dichos países. Ofrecía asesoramiento y créditos respaldados por la fortuna personal de Alí, para empresas con problemas económicos. Anunciaba préstamos de hasta 400 millones de euros con un interés sorprendentemente bajo del 4 por ciento. . . Y comenzaron las acusaciones.

Según una decena de esos casos—cuya documentación hemos analizado—podría haber cometido una estafa similar por la que fue denunciado en la India. De acuerdo con la acusación, pedía por adelantado hasta un 0,8 por ciento del total del préstamo solicitado en concepto de comisiones e impuestos. Después les denegaba el préstamo. Y cuando le reclamaban—siguen haciéndolo—la devolución del dinero anticipado, recibían todo tipo de excusas, pero nunca el dinero. Así durante meses. A día de hoy, dos empresas, Johnson Property Group (JPG), en Australia, y McNabb, en Nueva Zelanda,

LE HAN CONGELADO LAS CUENTAS DE SU EMPRESA EN BAHREIN. TIENE MENOS DE 5.000 EUROS EN ELLAS

en Gulbarga, en el estado de Karnataka”, me cuenta, desde Hyderabad, el periodista Shariff Ishaqui, del periódico *Deccan Chronicle*, que ha investigado a Alí Syed y su pasado. Además, en su ciudad natal, Alí fue denunciado por presunta estafa en 2002 por el colegio St. Meesum. “Me dijo que me daría un préstamo de 100.000 euros, pero que debía pagarle unas comisiones e impuestos previos. Nunca me dio el préstamo ni recuperé mi dinero. He perdido 12.000 euros. Conozco personalmente a cuatro víctimas tuyas más. Pero soy el único que le denunció”, me explica Alí Abedí, administrador del centro. El dueño del Racing niega la acusación. “En la India me conoce todo el mundo. ¿Quieres viajar allí y comprobarlo?”, me insta.

En 2002, al mismo tiempo que le denunciaban, Alí se marchaba de la India para establecerse en Londres. Seguía siendo un completo desconocido en Europa. Y así continuaría hoy si el pasado verano no hubiera irrumpido en los medios al intentar comprar el club de fútbol Blackburn Rovers, un histórico de la primera división

la compañía presentaba un increíble informe de resultados de 2009. Según el mismo, al que ha tenido acceso Vanity Fair, WGA terminó 2008, tras una inversión inicial de 37.000 euros, con 44 millones. Y sólo un año después completaba el siguiente ejercicio con 840 millones. La auditora internacional BDO firmó aquel informe. Hoy evita responder, pero rompió su relación con WGA poco después de su publicación.

Sin embargo, 12 meses más tarde, y según Alí, cerraba 2010 con 820 millones de euros. Un caso digno de estudio: en plena crisis, en dos años, WGA habría multiplicado su inversión inicial por 23.000. Y uno más después, y tras anunciar el desembarco en Georgia como próximo objetivo (las autoridades del país confirman que no se ha producido), pasaría a perder 20 millones.

Con las credenciales del supuesto éxito, su empresa empezó a moverse en Malaisia, Nueva Zelanda y Australia. Publicaba anuncios, contrataba agencias de relaciones públicas—hoy aún les debe dine-

ro, como también a la española You First Sports—y tenía intermediarios empotrados en dichos países. Ofrecía asesoramiento y créditos respaldados por la fortuna personal de Alí, para empresas con problemas económicos. Anunciaba préstamos de hasta 400 millones de euros con un interés sorprendentemente bajo del 4 por ciento. . . Y comenzaron las acusaciones.

le han denunciado oficialmente, y ya han conseguido congelar las cuentas de WGA en Bahrein (menos de 5.000 euros repartidos en cuatro cuentas, según ha revelado la investigación) y Suiza. Aunque Alí, nuevamente, lo niega. “Mira a tu alrededor. ¿Tú crees que me han embargado?”. Tras haber pasar medio día en la sede de su empresa, lujosa, amplia y salpicada de cabezas de caballo—el símbolo de su compañía—de porcelana y bronce, pero con apenas una decena de empleados y todos sorprendentemente jóvenes para coordinar la red de 3.200 consultores que dice tener, hablamos en su despacho. Ha estado confiado, hasta que le pregunto por las denuncias. Cuando le comento que la policía australiana y la Interpol están al tanto de las acusaciones, se revuelve. Hasta en una decena de ocasiones me interrogará sobre las investigaciones de la policía. Cuando le insisto preguntándole a cuánto asciende su fortuna, me suelta, con una de sus características sonrisas, entre hospitalaria y traviesa: “¿No dices que me están investigando? ¡Pues déjales que lo descubran ellos!”. ▷

Una docena de empresarios se han unido y trabajan conjuntamente para encausar a Alí y a su hombre en Australia, el abogado John Mullay. Su portavoz es John Carter. Él no es una víctima. Pero sí su amigo Keith Johnson, dueño de JPG, a quien WGA a su vez ha demandado por daños y por difamación. El australiano me asegura que no se rendirá “hasta terminar con Alí”. Carter lanzó en febrero la *web wikifraud.net*, donde explica la supuesta trama, tras intentar primero presionar sin éxito al indio para que pagara las supuestas deudas (él denuncia que le extorsionaron). Según Carter, habría víctimas al menos en cuatro países, también en Europa, y el dinero estafado podría alcanzar los 300 millones de euros. ¿Son, quienes le acusan, como dice Alí, empresarios que buscan vengarse porque sus negocios se hundieron cuando él rechazó sus peticiones de préstamo? ¿O es Alí Syed, como le llama Pernía, “un niño trolero en el cuerpo de un hombre de 40 años” o, como le retrató Revilla, “más que un magnate, un mangante”?

aquel partido, rompieron su relación. “No puedo contar qué sucedió, porque forma parte de mi denuncia. Pero entonces descubrí, entre otras cosas, que las excusas que me ponía para no pagarme eran las mismas que daba al club y en Australia”.

El italiano también se había hartado de escuchar promesas. Cada vez que Mr. Alí hablaba públicamente o en las charlas privadas que hemos conocido hacía una exagerada ostentación y proclamas que no cumpliría. Y le gustaba presumir de las excelentes relaciones que mantiene con la Familia Real (logra cierta cercanía patrocinando eventos deportivos como la Copa del Rey de carreras de caballos o la selección de fútbol). “El rey es como mi hermano”, le llegó a decir a Revilla, a quien, en un gesto repetido con todos, le mostró su foto con el monarca. Aunque el indio no es uno de los invitados del palco real durante el Gran Premio que allí se celebra, como me cuenta un empresario cercano a la Familia Real, a la organización de la Fórmula Uno y que sí es un habitual de este palco.

quero. Le insistimos para visitar la cuadra donde tiene sus purasangre. Según afirma en su *web*, los compró en Newmarket, Inglaterra. Pero tampoco nadie allí, ni las asociaciones de ganaderos, ni los agentes de ventas ni las casas de subastas de caballos, conoce la venta. Accede a acudir a la cuadra al día siguiente. Hay tres caballos. Nos explica que sólo están allí los de raza árabe, que los ingleses no aguantan el calor del emirato en verano y que los ha enviado a una finca que tiene en Normandía. “Es falso, los caballos no son suyos. Lo único que él posee es el establo, y se lo alquila al verdadero dueño, que vive fuera de Bahrein”, me revelará, pocos días después de la visita, un reputado entrenador y dueño de caballos del país árabe.

Alí niega todas las acusaciones. Lamenta la fama que le ha dado el Racing —“ha hecho mi vida más frenética”— pero confiesa que le gusta la popularidad. La víspera, nuestra entrevista en su despacho no terminó

“¿POR QUÉ ATACÁIS SIEMPRE A LOS RICOS COMO YO, ABRAMOVICH O ECCLESTONE?” (ALÍ)

Su tiempo en España fue un *show*, sí. Pero éste terminó casi abruptamente tras aquel partido contra el Real Madrid. El séquito y los Mercedes desaparecieron. No sólo porque el rey de Bahrein no acudiera al encuentro, sino también porque entonces comenzaron sus problemas con Loidice. El italiano me anuncia desde Turín, donde vive, que ha emprendido acciones legales en Suiza y en Bahrein, a cuyas autoridades ha enviado un informe de 1.500 páginas. Llegó a convertirse en la mano derecha del indio. “Siempre me requería a su lado, como si le asustase que pudiera pasar algo. En ocasiones tenía la impresión de que era un hombre muy solo, con muchos enemigos, lo que cual interpreté como normal en un magnate. Incluso a veces me parecía que quería imitarme, porque al final del día charlábamos y me repetía cosas que le había dicho unas horas antes o me contaba como tuyas experiencias mías”.

Loidice denuncia que Alí le debe dinero de los servicios que le prestó. Él organizaba su dispositivo de seguridad en España y pagaba inicialmente las facturas. Tras

Una ausencia extraña para alguien tan próximo al monarca y entre cuyos retos, según dice, figura introducirse en el mundo del motor. Ya patrocina un campeonato menor de coches Chevrolet en Bahrein, pero ha repetido que tiene planes más ambiciosos y que estaría creando un equipo de Fórmula 3 (a mí me cuenta que el proyecto es para GP2 o GP3, otras categorías). No obstante, ninguno de los organizadores de estas competiciones conoce a Alí. Con Pernía rizó el rizo. “Compraré el equipo McLaren de Fórmula Uno”, le anunció.

El indio se esfuerza por mostrar sus galones de millonario. Me muestra orgulloso la maqueta de su futura mansión, que lleva ya cuatro meses en construcción, según me explica. Sin embargo, sólo un mes antes llevó al presidente del Racing a ver el solar: estaba vacío. “¿Cuántos metros tiene la casa de Botín?”, le preguntó Alí a Pernía. “¿Solo? ¡Eso es como el salón de mi servicio”, presumió cuando el presidente le calculó la medida de la vivienda del ban-

bien. Estaba enfadado. Y lo demostró camino del aparcamiento, increpándome durante media hora, acusándome de haber viajado a Bahrein para atacarlo y amenazándome con demandarme. “Si hay diez casos de empresarios que se quejen, me corto el cuello”, me prometió, con mucho dramatismo, pasándose el dedo índice por la garganta. Para cuando le nombré diez casos había olvidado ya su promesa. Y, consciente de que el enfrentamiento perjudicaba su imagen, volvía a sonreír y se despedía anunciándome la vista a la cuadra. “Los caballos son animales fuertes, sinceros y leales”, me dijo.

Allí, antes de despedirnos definitivamente, inicia una nueva carga. “¿Por qué siempre nos atacáis a los ricos? ¿Por qué me atacáis a mí y a gente como Ecclestone o Abramovich?”. Sube el tono. Lo baja. Sonríe de nuevo. Y entonces Alí, Mr. Alí, vuelve a extender el dedo índice que en su despacho apuntaba al techo y que el día antes se llevaba al cuello. Ahora me señala a mí. “Sólo te pido una cosa, que escribas la verdad”. □

A MIS PIES

Alí, en una de las salas de su oficina, en la planta 27 de una de las torres del distrito financiero de Bahrein.

